

SER IGLESIA

HACER IGLESIA

JOSEPA PONT

GRUP MANLLEU - DIÓCESIS DE VIC

PRESENTACIÓN:

¡Buenos días a todo el mundo!

Cuando a finales de Junio me pidieron que hiciese una aportación en esta Jornada, que centra el inicio del curso de ACO, me asusté un poco, enseguida comenté que seguro que había otras personas que lo podían hacer mejor. Y así lo creo.

Pero frente a los argumentos de Jordi Espí consiliario, quedó la puerta abierta para pensar y recapacitar sobre lo que me pedía y volver a hablar más adelante.

La segunda vez que hablamos le dije que sí. El testimonio de muchos otros militantes de ACO antes que yo en tareas de responsabilidad me decidió. Me dije: *He recibido mucho y quizás ahora es el momento de compartir con todos aquellos que a pesar de tener itinerarios diferentes nos une un mismo objetivo: Ser testimonios del evangelio en nuestro mundo.*

A primeros de septiembre me encontré con Jordi para volver a hablar. Esta vez ya para pulir cosas. Previamente ya le había hecho llegar un borrador de la charla de hoy. Ante las dudas y el miedo, me dijo: *«Piensa que estás con los de casa en un día festivo donde compartimos el quehacer y lo que somos, con la ilusión de caminar juntos en el mismo proyecto aunque probablemente en realidades muy diferentes: El evangelio.*

Estas palabras me acabaron de convencer de que era el momento para compartir este rato con todos vosotros, y lo agradezco profundamente.

La prioridad de este curso, aprobada en el último Consejo (*Begues, mayo 2005*), nos plantea *revisar nuestra vivencia de Iglesia, ver como nos sentimos formando parte de una comunidad más amplia que ACO, que cree en Jesús y que se abre paso desde diferentes realidades personales y colectivas.*

Esta prioridad tiene unos objetivos y unas propuestas de trabajo para este curso en el que cada grupo, con autonomía y comunión con la Iglesia, y creando red entre nosotros, iremos trabajando.

Lo que planteo a continuación tiene tres partes:

La 1ª entra brevemente en el marco histórico-teológico que representó el Concilio Vaticano II para la renovación de la Iglesia. En concreto, una pincelada de su eclesiología.

La 2ª parte será para ver la aplicación de la eclesiología del Vaticano II y preguntarnos: ¿Hacemos y podemos hacer camino verdadero hacia una eclesiogénesis?

La 3ª parte es una reflexión sobre características imprescindibles, a mi parecer, para ser hoy miembros activos y comprometidos en el seno de la Iglesia: El valor de la espiritualidad militante = riqueza interior, y la necesidad de tener vacíos (espacios) interiores.

1.- Marco histórico-teológico de lo que representó el Vaticano II para la renovación de la Iglesia.

1.1 La eclesiología del Vaticano II

Hablar de la Iglesia hoy, creo que implica necesariamente ir al Concilio Vaticano II por lo que representó para la renovación de la Iglesia.

Antes del Vaticano II teníamos una Iglesia que nos enseñaba que el deber más importante de la vida era "estar en gracia de Dios" para poder "alcanzar el cielo", y solo la Iglesia era la mediadora de la Gracia y la Verdad. Con este esquema, la vida humana, la de todo hombre, es decir, los asuntos terrenales, eran insignificantes.

El Vaticano II, fiel a la dinámica de la revelación en la historia de la salvación, ha propuesto como centro de reflexión teológica **el misterio de Cristo - misterio de la Iglesia.**

El Verbo hecho carne es realmente el centro de la humanidad y por eso mismo el centro de la historia de la salvación. Los misterios de la muerte y resurrección de Cristo, juntamente con la misión del Espíritu de verdad, son los momentos fundamentales de la encarnación.

A mi parecer, la eclesiología renovadora del Vaticano II la podemos comparar con la imagen de un estanque de aguas tranquilas y la acción de tirar una piedra. El punto donde cae la piedra es la

reflexión sobre el misterio de Cristo – misterio de la Iglesia. Es la que nos lleva a Cristo Revelador en su propia persona y en su obra del Padre y del Espíritu Santo.

Este hecho genera un movimiento de diferentes círculos concéntricos desde el primero, podemos decir que la Iglesia, como comunidad de salvación, es continuación del Misterio de Cristo.

La comunidad de creyentes nace de la revelación de Dios, y esta revelación implica necesariamente a la comunidad creyente, la cual la recibe y la transmite vitalmente en su peregrinar histórico.

La Iglesia, por lo tanto, es el sacramento, o sea la presencia visible y actuación eficaz de la revelación en el mundo, preparada por Dios en el Antiguo Testamento, llevada a su plenitud en Cristo con su Espíritu y destinada a continuarse hasta su consumación en la visión gloriosa.

La Iglesia no tiene, pues, su origen simplemente en la intención y mandato del Jesús histórico, sino en toda la acción de Dios en Jesucristo, empezando desde su nacimiento, su actividad pública, la vocación de sus discípulos hasta su muerte y su resurrección con la comunicación del Espíritu a los testigos del Resucitado.

Y si la Iglesia es el sacramento, o sea la presencia visible y actuación eficaz de la revelación en el mundo, el hombre no puede realizarse como cristiano sin realizarse al mismo tiempo como miembro de la comunidad eclesial. Cristo, Iglesia y Sacramentos son realidades unidas entre sí en la realización del plan universal de salvación.

1.1.2 La Iglesia realidad, trascendente y encarnada en el mundo.

La historicidad de la Iglesia y de la eclesiología tiene sus raíces en el nexo mutuo e indisoluble vigente entre la Iglesia, realidad trascendente y encarnada en el mundo y la eclesiología como doctrina teológica de la Iglesia.

Juan XXIII en el discurso de apertura dijo:

Es preciso que la doctrina de la Iglesia sea investigada y expuesta como exige nuestro tiempo. Porque una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa; y eso se debe tener en cuenta, con paciencia, si fuera necesario, atendiendo a las normas y exigencias de un magisterio de carácter prevalentemente pastoral.

Sobre esta misma idea insistió meses más tarde Pablo VI con su encíclica *Ecclesiam Suam*, en la que afirma que la vida cristiana ha de adaptarse a las formas del pensamiento que hoy le ofrece el mundo y al que este exige de ella.

La introspección de la Iglesia sobre ella misma para cumplir mejor su misión salvadora entre los hombres es el fundamento de esta conciencia de la Iglesia. De esta manera, **hablando de sí misma, habla de Dios y del Hombre.**

Así, pues, el Vaticano II nos deja un legado eclesiológico que ocupándose de la relación de la Iglesia con Dios ha considerado igualmente al hom-

bre en su situación histórica presente, es decir, es una **eclesiología teológica, pero también antropológica.**

1.1.3 Comunión – Comunidad

Otro aspecto fundamental es el concepto comunión-comunidad, **concepto que es el centro de la discusión eclesiológica y está íntimamente vinculada a la idea clave de Pueblo de Dios. Comunión que tiene dos ejes dependientes y complementarios.** Por una parte, **el conjunto de conexiones y relaciones recíprocas que se establecen entre una misma comunidad y entre comunidades distintas**, y por otro lado, **la comunión y la relación con la Jerarquía.**

Con todo ello podemos decir que:

La comunión no es algo accidental para la Iglesia, sino que es su forma de ser y de estar en medio de los hombres, y esta comunión encuentra su fundamento en la relación y se convierte en signo y sacramento del ser de Dios. La relación, como manera de vivir la comunión eclesial, nos pide como cristianos mantener equilibrio entre fidelidad a Dios y fidelidad a los hombres.

El binomio **Iglesia encarnada en el mundo - Iglesia de comunión** debería ser meditado y puesto en práctica en nuestras Iglesias, para hacer encarnación con los más pobres, y comunión con quien ni puede escribir su nombre pero aporta dentro de sí el sello imborrable de ser Hijo de Dios y por lo tanto criatura amada y querida sin



ninguna clase de condición.

Pero el concepto de Iglesia encarnada en el mundo y el concepto de Iglesia humanidad da un paso más durante la 2ª Sesión del Concilio Vaticano II de la mano del Papa Pablo VI, punto que merece tener una breve atención.

1.1.4 El magisterio eclesiológico de Pablo VI

Su pensamiento eclesiológico, idéntico al trabajo eclesiológico que se había hecho durante la primera sesión, se enfoca desde la perspectiva cristocéntrica como la única que nos lleva a adentrarnos en el misterio de la Iglesia y únicamente desde esta se puede recapacitar sobre su ser y sobre su misión. En otras palabras, las pautas de Pablo VI hacen que la eclesiología del Concilio tenga como eje la relación Cristo-Iglesia que impone la aceptación **del elemento visible e histórico de la Iglesia como el de la naturaleza humana en Cristo**. Por otro lado, Pablo VI ve el mundo como el cosmos, es decir, toda la familia humana, toda la humanidad de hoy, el escenario en el que se desarrolla la historia de la salvación y donde se encuentra presente el Reino de Dios, y lugar donde se manifiestan los signos de los tiempos, para la acción que tiene como punto de salida el Plan Divino de crear y salvar la humanidad de Cristo. **La Iglesia en el mundo, compuesta por hombres, es parte de la humanidad**. Inmersa en el mundo, se beneficia y coopera con los progresos, sin embargo, por esta misma inmersión, sufre también las vicisitudes históricas, las tensiones y las angustias de los hombres como algo muy íntimo y vital de su vida. Para Pablo VI, esta inmersión en la vida de los hombres es necesario que se desarrolle desde las Iglesias particulares, ya que es una manera real y palpable para sumergirse en la historia, en las culturas y en los diversos grupos étnicos.

Pablo VI, para fundamentar teológicamente el origen y la grandeza del hombre, parte de la base que este hombre ha sido creado a imagen de Dios. Por lo tanto, es una concepción al mismo tiempo eclesiológica y antropológica, ya que es Jesucristo quien revela plenamente el hombre al hombre. **En Cristo descubrimos la naturaleza y la vocación del hombre, su grandeza y su miseria, el sentido de su vida y el de su muerte**. Desde la visión total del hombre, es lícito afirmar que la acción y misión de la Iglesia ha abrazado y abraza lo que es temporal y lo que es humano en el hombre y en la sociedad. Evangelización y promoción humana se dan la mano, se complementan en relación al mismo objetivo: la salvación del hombre. La Iglesia existe en el mundo y camina con toda la humanidad. Es desde esta encarnación de la Iglesia en el mundo-Iglesia de comunión, que desde los movimientos y grupos parroquiales, desde las propias realidades y su historia deberíamos ayudar a la reflexión desde la fe a todas las personas que forman las respectivas comunidades eclesiales.

2.- La aplicación eclesiológica del Vaticano II.

¿Caminamos y podemos caminar hacia una eclesiogénesis?

2.1 ¿Qué es hacer eclesiología?

Es desde esta perspectiva que deberíamos hacer una pausa y ver **la aplicación de la eclesiología del Vaticano II en nuestra casa**. Fomentando el diálogo entre Iglesia y sociedad, entre fe cristiana y deseos de transformación y de liberación con gran libertad y creatividad que podríamos decir que llevamos a la práctica la eclesiología del Vaticano II. El Concilio, además, desveló la posibilidad de hacer planes de pastoral de evangelización para las Iglesias locales capaces de dar una respuesta a los problemas que el Pueblo de Dios teníamos planteados siglos atrás en un caminar que no deje la fe solo para los domingos, sino un caminar que implica encontrar a Dios en la vida. Porque, ¿No es hacer eclesiología ayudar a crecer y devenir persona crítica con uno mismo y con lo que le rodea? ¿No es hacer eclesiología dar las herramientas para poder leer entre líneas para que los acontecimientos de la vida diaria los podamos ver y vivir de maneras diferentes? ¿No es hacer eclesiología crear una teología que sea capaz de implicar a los teólogos en el caminar de la mano de los más pobres, y no solo contemplarlos desde la mesa y la creación intelectual?

Evidentemente, todo eso necesita un proceso, un tiempo para superar etapas, caer y levantarse, volver a comenzar, vivir con contradicciones, tropezar con maneras de hacer diferentes, etc. Todo ello es un enriquecimiento para quien alarga la mano y para quien la coge. Se trata, pues, de dar las herramientas para poder leer la vida desde el evangelio e ir logrando una praxis liberadora con los más desfavorecidos, de vivir la esperanza evangélica caminando **ayudados de las herramientas que tenemos como: los grupos de revisión de vida propios de los movimientos de Acción Católica, grupos diversos vinculados a parroquias y otros. Un caminar pensando en el presente pero también con visión futurista, con la mirada hacia una "convergencia" de los diferentes estilos comunitarios donde la parroquia ideal sería una especie de comunidad de comunidades**.

¿Parroquia, comunidad de comunidades? Interrogante quizá utópico, pero me atrevo también a decir que posible si de verdad nos sentimos Iglesia. Y me atrevo a decir que para el desarrollo de este interrogante es necesario un proceso creativo y diferenciado (no es lo mismo la gran ciudad, las ciudades medianas o los pueblos rurales...).

Sin embargo, todo junto tiene una riqueza eclesiológica gracias a las actitudes de unos y otros, porque a pesar de que haya maneras de hacer diferentes, el hilo conductor es el mismo: una opción de vida que tiene como eje central el evangelio.

De esta manera, es la Iglesia que asume y asimila

las características del pueblo, la Iglesia en la que el pueblo puede expresar su fe desde los registros propios de su cultura, de sus valores y de sus ansias de liberación.

Una Iglesia encarnada en el mundo. Una **encarnación** que quiere decir **el seguimiento e inmersión en la evolución del mundo y de la humanidad, que da sentido a la vida, que lucha por la liberación del pecado y para volver a los pobres su dignidad de Hijos de Dios**. Y hay que **ver**, también, una **realidad eclesial** formada por grupos-comunidades conscientes y activas que asumen su participación en la comunidad y se sienten en comunión con la Iglesia Universal.

Con esta perspectiva, ¿Porqué no recapacitar de que manera ¿Una **Iglesia reducida y cuestionada en nuestra casa, puede devenir signo de atención?** Atención para no caer en la expresión "no hay nada que hacer", sino atención para creernos de verdad que tener fe y estar comprometidos por un mundo mejor es abrir el saco y tener la suerte de no ver nunca el fondo, sino estar contentos y agradecidos porque siempre encontramos algo que podemos dar a los que tenemos al lado y esperan de nosotros.

Por otro lado es bonito ver que, a pesar de que a menudo las cosas se puedan ver desde diferentes puntos de vista, lo que cuenta no es el obstáculo a superar, sino la actitud de confianza por ambas partes, que puede ayudar a avanzar en el entendimiento y la comprensión.

Y, sin duda, la opción creyente que nos lleva al compromiso aunque sea en minoría, tiene sentido de ser hoy porque es fruto del mismo evangelio, y puede ayudarnos a crear espacios en nuestras comunidades para que los laicos con una opción de vida como cristianos no solo sean receptores pasivos de lo que determinan los que dirigen la comunidad, sino también miembros activos portadores de esperanza y de liberación para todos aquellos que sufren la marginación, la pobreza, la persecución, sea en el entorno que sea: Tercer Mundo, Cuarto Mundo, Primer Mundo...

2.2 Evangelización y liberación

A lo largo de esta exposición hay dos palabras de fondo que tienen una significación especial. Estas palabras son *evangelización* y *liberación*. Son palabras que acompañan y dan sentido al movimiento.

Creo que son palabras vivas y actuales en nuestro mundo de hoy y aquí. Pero no solo es una simple afirmación que queda impresa en un papel, sino que son vivas y actuales porque son fruto del mismo evangelio, acentuadas en el Concilio Vaticano II y en el Concilio Provincial Tarraconense cuando dice:

... evangelizar es descubrir en el corazón de cada mujer y de cada hombre la acción y el calor del Espíritu; es establecer las mediaciones oportunas para que las personas sencillas, y tal vez afligidas, puedan encontrar-

se con Dios. Evangelizar es ayudar a rehacer la experiencia de Dios de mucha gente alejada, experiencia que está intrínsecamente unida al amor a los hermanos y, por lo tanto, a aquella opción preferente por los pobres y por la justicia que fue distintivo del Mesías Jesús.

La Iglesia encarnada en la sociedad, con unas características podríamos decir no de gran Iglesia, sino de Iglesia reducida en un mundo cambiante, vive unos momentos que pueden ser para llevar a la práctica la evangelización y la liberación.

Probablemente, sumergidos en un estilo de vida donde las prioridades son cada vez más banales, como el pragmatismo, la superficialidad y la riqueza tangible, nos podemos preguntar: ¿Es posible la evangelización? ¿Evangelizar a quien y dónde? Liberar, ¿A quien, de qué, dónde?

La respuesta creo que no se hará esperar si damos un vistazo a la coyuntura de la sociedad en la que vivimos. Tenemos, hoy, unas realidades que no nos pueden dejar indiferentes. Miremos hacia donde miremos condicionan de manera directa e indirecta nuestra manera de entender y vivir la vida. Podríamos hablar, por ejemplo, del hecho de las migraciones masivas, de un continente a otro, y de un país a otro. Un flujo migratorio fruto en parte de la globalización y de los desequilibrios económicos mundiales, entre muchas otras causas.

La llegada de inmigrantes se ha convertido en un fenómeno importante, difícil, y que despierta mucha sensibilidad entre nosotros. ¿Por qué no dejarnos sorprender por su recorrido, y por el camino nada fácil de su integración? ¿Por qué no dejarnos sorprender por todo aquello de positivo que tiene convivir con personas de diferente cultura, religión, etc.? ¿Por qué no formar con ellos pequeñas comunidades?

Cualquier persona que por uno u otro motivo ha dejado su tierra, su paisaje, su hogar, su familia, los objetos de cada día, sus costumbres, se ve sometido a una pérdida. Seguro que tiene la esperanza de sentirse compensado por la posibilidad de alcanzar algún hito que le sea de gran importancia. Muchas veces es la misma necesidad de sobrevivir lo que empuja a dar el salto. Las mafias, siempre al acecho, deben sacar un buen provecho. Pero se hace difícil pensar que este salto sea demasiado inconsciente. Por un lugar u otro debe aparecer el miedo al viaje hecho en pésimas condiciones, y la incertidumbre de lo que te puede esperar al otro lado.

Ofrecer la mano a estas personas, ¿No es una tarea para plantearnos y actuar como Iglesia? ¿No es una tarea de liberación ayudarlos a vencer el miedo? ¿No es una tarea de evangelización ayudarlos a lograr una vivienda digna, o encontrar un puesto de trabajo, o sentirse integrados en el barrio, en la vecindad, etc...?

Pero la coyuntura actual de nuestra sociedad no solo tiene enfrente esta realidad, sino mu-

chas otras. Veamos las personas que serán el futuro de la sociedad, los jóvenes. Nos guste o no es una realidad que vivimos cada día, en conversaciones formales o informales confirmamos que nos espanta e inquieta la manera en que viven, nos inquieta ver que sus prioridades no son un camino a seguir cargado de ilusión, sino que sus prioridades a menudo pasan por lograr el bienestar mental y corporal que proporciona el consumismo haciendo de la propia vida el eslogan de primero yo, después yo y siempre yo. Nos espanta su manera de comportarse socialmente, hasta el punto de cambiar la ruta al caminar para evitar encontrarlos en la misma plaza, etc. Si el espíritu del evangelio es el eje de nuestro estilo de vida, nos podemos preguntar: ¿Qué hacemos y qué podemos hacer por ellos, los jóvenes? ¿Cuáles son las causas que les provocan vaciedad? Desde el movimiento, desde la parroquia, ¿Qué Iglesia les ofrecemos?

Son millares los que viven sin ninguna clase de esperanza e ilusión. Son millares los que no tienen ninguna posibilidad de acceder a un puesto de trabajo digno. Son millares los que por razones de lengua, cultura, procedencia... se ven abocados a la marginación y exclusión social.

¿No es este un campo de acción y una prioridad como Iglesia con misión de evangelización y liberación? ¿Por qué no constituir, con adultos o entre los mismos jóvenes, pequeñas comunidades cristianas?

Sin embargo, no deja de ser una realidad también que entre nosotros hay jóvenes esperanzados. Que quizá ordenan los valores de una manera diferente a como nos gustaría a nosotros, los adultos, pero están. ¿No es pues, una tarea de la Iglesia y un campo de acción, estar a su lado, darles la mano? ¿No es un camino de enriquecimiento mutuo compartir desde la espontaneidad y esperanza del joven y desde la esperanza y sabiduría del adulto?

Estos son solo dos ejemplos, pero seguro que hay muchas otras parcelas de la sociedad que reclaman a gritos una mano que acompañe, un oído que escuche, una palabra acogedora, un sonreír que consuele...

Pero también me gustaría decir que a pesar de que vivimos hoy y aquí una Iglesia reducida, no por eso está dormida ni amedrentada.

Practiquemos una vez más el ejercicio de saber leer con ojos críticos y constructivos la sociedad en la que vivimos. Si por un lado constatamos que hay dificultades, que hay pobreza, que hay excluidos, no deja de ser una realidad que en nuestra Iglesia reducida podemos encontrar signos vivos de evangelización y de comunión como vivencia vital del evangelio que nos lleva a ser testigos de un trabajo que hace visible el Reino en medio de los claros y sombras del quehacer diario.

2.3 Comunión.

Comunión, red entre nosotros, los que trabajamos con en el mismo hilo conductor que es la praxis del evangelio. Una comunión, que hará posible ser signo de credibilidad. Miramos la vitali-

dad de esta Iglesia reducida, con testigos en varios compromisos:

Tenemos la organización de Caritas, que intenta no solo ayudar en beneficencia sino que trabaja para promover y ayudar a las personas que se acercan a recuperar y adquirir su dignidad como personas y para que puedan crecer humanamente. Es una organización que avanza con la esperanza y la convicción de unos colaboradores, mayoritariamente laicos, que quieren hacer de su compromiso signo de credibilidad, de corresponsabilidad con toda la red propia de la organización.

Recordemos también el trabajo de corresponsabilidad hecho en diferentes parroquias entre su responsable, el párroco, y los laicos que se sienten Iglesia, los cuales, corresponsablemente, emprenden tareas como la visita a los enfermos, la



5

celebración de la Palabra, sobre todo en sitios rurales, la atención burocrática de despacho, la acogida y tarea educativa de infantes y jóvenes en el esparcimiento, la acogida a grupos de otras religiones fruto de la inmigración, o la atención y el acompañamiento a los sin techo de las grandes ciudades, etc. En una sociedad donde la otredad es el que menos cuenta, ¿No es un signo de comunión contar con personas que saben y dan valor al hecho de perder el tiempo por y para el prójimo, niños, jóvenes, adultos, viejos, etc.? ¿Por qué no acentuar la dimensión comunitaria del compromiso de ayuda, en las parroquias o en pequeñas comunidades?

No podemos dejar de lado otros grupos como los movimientos de Acción Católica, que hacen esfuerzos para ser signo de evangelización en el campo obrero y comunión entre ellos trabajando para federarse a nivel de los respectivos Obispos y a nivel de Cataluña. ¿Por qué no ir caminando para una mejor integración en una Iglesia a la vez más diocesana y más de base?

Comunión en comunidad en las diversas celebraciones interreligiosas. Comunión entre varios grupos cristianos para la preparación y celebración de momentos claves de la liturgia cristiana

como Adviento, Pascua, celebraciones penitenciales, etc.

¿No es todo eso un signo que la Iglesia tiene ganas de mantener las puertas abiertas a todos los hombres y mujeres que se acercan?

¿No es un signo de comunión dar acogida a aquellos cuya vida está entre el ahogo y la ignorancia por parte de una sociedad que pone precio a todo y valor a nada?

Seguro que nos ayudará a percatarnos que merece la pena vivir esperanzados y con confianza, que a pesar de los contratiempos no estamos solos.

La opción que con plena libertad podemos hacer de decir sí a un estilo de vida que nos propone el evangelio, nos pone en comunión y nos hace ser testigos del seguimiento de Jesús ante los desesperanzados. La tarea de saber encontrar Dios en la vida y ver en el otro una criatura a amar sin ninguna condición, que al mismo tiempo da siempre muestras de que le gusta sentirse amada y querida, nos desvela la visión que el otro es único e irrepetible.

Si la Iglesia se llena o queda en minoría, me parece que tiene una relativa importancia. Lo que sí que es importante es que los que ahora estamos y estamos en comunión en cada comunidad vivamos con intensidad y profundidad la búsqueda de Dios para poder ser referencia del Trascendente para todos aquellos o aquellas que se nos acerquen o nos encuentren por el camino, y mirándonos a los ojos nos sintamos queridos y amados como Hijos de Dios.

El hecho de vivir y ver una Iglesia reducida, a quien tal vez le espera la muerte y la resurrección, no ha de ser motivo de desánimo porque creemos plenamente las palabras de Jesús: "Yo estoy con vosotros día tras día hasta el fin del mundo" (Mt 28,20) y "Allí donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos" (Mt 18,20).

Entramos ahora en la 3ª y última parte de esta exposición. Es una reflexión sobre dos dimensiones del hombre: **el valor de la espiritualidad militante y la necesidad de crear y tener vacíos**



en nuestro interior no para quedarnos sino para tener experiencia, y tener el deseo de compartirlo en las comunidades, en los grupos de revisión de vida, con los amigos..., siendo a mi parecer también una manera de hacer eclesiología. Las dos dimensiones las creo imprescindibles para devenir hoy activos y comprometidos en el seno de la Iglesia, poder llevar una vida en coherencia con lo que decimos, con lo que hacemos y lo que intentamos ser.

3.- Dimensiones personales imprescindibles para devenir miembros activos y comprometidos en el seno de la Iglesia.

3.1 El valor de la espiritualidad militante = Vida interior.

El acelerado ritmo de vida.

Demasiado a menudo nos vemos atrapados por un ritmo de vida que no permite percatarnos que vivimos un momento único e irrepetible. También podemos sentirnos atrapados por la actitud de **pasar de puntillas por encima de todo hecho de vida**: paso a prisa para que nada me cuestione. Incluso, podemos sentirnos cómodos en **no tener criterio amoldándonos a la corriente de moda del momento**. Es muy probable que tengamos momentos de desidia e indiferencia, y al mismo tiempo experimentemos que hay algo que nos despierta inquietud, sin saber del todo qué queremos ser.

Lo cierto es que estas situaciones, nos gusten o no, nos llevan al punto neurálgico de la existencia, la vida, y todos sabemos que cuando hablamos de la vida hablamos de algo importante. No es una banalidad ni algo de qué podamos "pasar", pero quizá hay que decir que más que hablar de una cosa importante hablamos en el fondo de un gran misterio. Porque, ¿No es la vida en si misma un misterio incomprensible a la razón humana? Hablamos e incluso hacemos a menudo tema de tertulia con los amigos, con los familiares: que si a aquel, mira como le va, que si al otro, menuda mala jugada le han hecho, que si el vecino lo tiene muy fácil, que más vale vivir al día, que hay que aprovechar todo lo que de bueno pasa, etc...

De lo que no hablamos fácilmente es de la espiritualidad militante = vida interior del ser humano, ya que incluso podemos preguntarnos: ¿Y eso qué es?

3.2 ¿Qué es la espiritualidad militante?

La dificultad para encontrar una respuesta nos hace entender y razonar que la espiritualidad militante debe ser algo no tangible y difícil de medir, pero al mismo tiempo necesario e imprescindible para lo que llamamos una vida equilibrada y serena.

Cuando lo que llamamos azar, providencia, casualidad... ha hecho que en nuestro camino de vida encontremos alguien, cuyo pensamiento y cuya manera de vivir, con naturalidad, nos sintamos afines, quizá cabe pensar que en cierta medida esta afinidad es una muestra del misterio de la vida. Quizá la complicidad que sentimos con su

compañía no es otra cosa que una rendija de luz que brota de su vida interior.

Pero a pesar de todo el razonamiento que podemos hacernos, aún queda la duda de encontrar las palabras para expresar con claridad lo que es la vida interior. Por otro lado, si es vida interior, debe querer decir que está llena de silencio y soledad. Silencio para escuchar el propio pensamiento, los propios deseos, los propios gemidos, las propias miserias, el propio anhelo de libertad, silencio para escuchar la vida del otro, silencio para escuchar todo el que nos trasciende y nos rodea ... Soledad querida y deseada para poder aceptar, aunque incomprensiblemente, el gran misterio de la vida.

De esta forma, un primer paso para intuir qué es la vida interior debe tener como supuesto el silencio y la soledad, porque en gran medida deben ser sus componentes.

Nadie puede negar que nos sentimos acogidos por el otro porque su silencio hace posible la comodidad de estar a su lado. Nos lo da para que podamos percibir sin reservas su acogida, y nos da su soledad para hacer posible la complicidad al compartir el que es indescriptible, la vida interior.

Pero no sería suficientemente justo ni suficientemente atractiva la vida interior del otro si solo tuviese como contenido el silencio y la soledad.

Silencio y soledad como elementos de vida engendran vida, y su fruto me parece que es la confianza y le esperanza.

A partir de ésta hipótesis, la confianza trabaja gratuitamente en el interior de todo hombre la actitud de ver y leer en el otro una criatura a estimar sin ninguna condición, que al mismo tiempo da siempre muestras que le gusta sentirse estimada y querida. Desvela en nosotros la visión que el otro es único e irrepetible. Al mismo tiempo hace posible que confiemos en nosotros mismos para podernos decir desde la intimidad que el orgullo y el ficticio poder que creemos tener no nos deja ver la bondad del otro.

La esperanza nos trabaja por dentro la actitud de saber vivir con alegría a pesar de la finitud de nuestro pensamiento. Nos ayuda a creer que no estamos solos en la finitud humana sino que la compartimos y que hay más de lo que podemos coger. Nos da y nos afianza en la convicción de que la utopía deviene utopía cada vez que ponemos en relación el silencio, la soledad, la confianza y le esperanza. ¿No serán, pues, estos cuatro elementos los componentes de la vida interior?

¿Hay alguna persona que no los pueda tener?, su negación ¿Correspondería a la categoría del ser humano? Si la respuesta es afirmativa, es decir, que todos tenemos la suerte de poseerlos, tenemos frente a nosotros la oportunidad de encontrar el símbolo de lo que es la vida interior. **Un tesoro por descubrir en cada uno de nosotros y para ayudar a descubrirlo, un tesoro para ordenar y ayudar a ordenarlo, un tesoro para cuidar y velar y para ayudar a cuidarlo y velar-**

lo con la más refinada sensibilidad y delicadeza porque es la esencia de toda vida que vive y deja vivir, que da y que sabe recibir, que estima y se deje estimar, que calla y escucha, que se siente acompañada y solitaria, que es sencilla y rica al mismo tiempo.

Después de este descubrimiento, ¿Quién puede negarse a colaborar en la búsqueda de la vida interior? Después de este hallazgo, ¿Quién puede ignorar que el misterio de la vida no sea magnífico y atractivo, generoso y vulnerable, silencioso y solitario, confiado y esperanzado?

Bien mirado, lo que todo hombre busca en su camino de la vida, ¿No es el convencimiento, aunque irracional, que hay alguna cosa que nos trasciende? Y si no, ¿Por qué la existencia de la vida interior? ¿No es esta la que nos distingue de otras vidas, como la animal o la vegetal?

La vida es un misterio, un misterio digno de ser admirado y contemplado en el otro y por el otro como criatura que merece vivir y ser tratada con dignidad humana, ya que solo por medio de ella podemos intuir la presencia de quien por generosidad ha querido compartir todo el universo creando su juguete estimado y preferido: el hombre.

Y, para que esta espiritualidad militante interior sea viva en todo momento, hay que hacerle espacio, crear, trabajar y mantener vacíos interiores.

3.3. ¿Por qué son necesarios los vacíos?

En nuestros días no es demasiado frecuente hablar de los vacíos que nos regala la vida. Más bien hablamos de la dificultad con que toda persona se encuentra en el quehacer diario. Si alguien nos habla de vacío es probable que lo asociemos a posibles trastornos de salud o problemas que toda persona puede vivir. Por otro lado, es bien humana la constancia de todos en la manera como vamos haciendo camino del brazo con lo que llamamos dificultades y tropiezos.

Sin embargo, llenamos tanto como podemos el tiempo de la vida con la precaución que no quede ningún espacio vacío. Lo llenamos con la cautela que nadie entre sin permiso. Lo llenamos porque en el fondo nos da seguridad. Seguridad de lo que probablemente satisface el propio ego apaciguando la quimera de sentirnos llenos de actividades, compromisos, tareas... Un hacer por hacer, donde la ambición y el deseo devienen los conductores de las rutinas cotidianas hasta sentirnos saturados.

Por otro lado, nos puede parecer que tener algún vacío es no estar a la altura de las circunstancias y de las exigencias del momento. De esta manera la acción de llenar nos ayuda a crearnos una coraza para protegernos de las llamadas del propio yo.

Pero afortunadamente, no siempre es así. El tiempo de la vida, y la vida en el tiempo, nos da miedo, nos descoloca y de pronto, sin esperarlo, nos puede poner en frente vivencias y situaciones

nunca imaginadas. Y es en estas situaciones que podemos ser capaces de percatarnos que hemos hecho camino gracias a los vacíos y con los vacíos.

Si pasamos la película de la propia vida pronto nos percataremos que muchos vacíos de los que hemos tenido y tenemos han devenido y son encrucijadas que nos han hecho parar el trajín de cada día. Nos han trastocado las preferencias del vivir. Nos han dado a entender que solo de nosotros mismos dependía el emprender un camino u otro. En otras ocasiones, los vacíos han devenido los surcos para plantar la semilla y hacer posible la resurrección del testamento espiritual que nos han dejado aquellos que hemos querido y con quien hemos compartido la vida. E incluso quizás han devenido aquellos caminos sin salida donde la oscuridad del dolor interior no nos dejaba ver la rendija de luz del renacer cada día. Vacíos para acoger algo que no necesita espacio.

Vacíos del todo necesarios, espacios para acoger lo que nos ha sido dado sin ninguna clase de esfuerzo, solo por gratuidad. Espacio, si es el caso, para poder maniobrar la direccionalidad de lo que hemos escogido como manera de ser y de vivir. Espacio, a ser posible como fruto de la exigencia personal para sacar de la propia vida todo aquello que no necesitamos pero de lo que hacemos una necesidad, para estimar todo lo que tenemos y no valoramos. Para poder podar los brotes de orgullo, de egoísmo, de falta de interés por las personas, objetos y situaciones que nos rodean.

Dejemos que los vacíos estén. Dejemos que los vacíos surquen nuestro interior. Dejemos que resuene el eco de lo que hemos tenido, de lo que tenemos....

Dejemos que vivan los misterios de la vida, es decir, todo aquello que vivimos y experimentamos y está por encima de cualquier razonamiento humano.

Dejemos que resuene la voz de quienes nos engendraron, de quienes nos amaron, de quienes sin saber por qué los sentimos lejos.

Dejemos que resuene el silencio contemplativo mirando unas cimas nevadas, escuchando el rumor del viento, el canto madrugador de los pájaros y el hablar pausado y a vueltas alterado de los mares,...

Escuchemos la voz de quienes lloran, de quienes se sienten desamparados, solos, marginados. Escuchemos la voz del viejo quejoso, del joven ruidoso, la insistencia del niño consentido....

Que no nos espante tener un vacío cada vez más ancho y profundo. Por qué, ¿No es en el fondo del vacío donde se puede encontrar la maestría del vivir esperanzado y confiado?

Solo con los vacíos podemos hacer posible la escucha y la acogida a la otredad sin ningún miedo, sin ninguna condición.

Solo en un espacio no ajetreteado como es el vacío, podemos gozar de todo aquello que no ocupa ningún espacio.

Por mi parte nada más. Gracias por haberme escuchado.

Barcelona, 12 de octubre 2007

Bibliografía.

ANTON, Ángel, S.J.: El Misterio de la Iglesia. Evolución histórica de las ideas eclesiológicas, Volumen II. De la apologética de la Iglesia-sociedad a la teología de la Iglesia-misterio en el Vaticano II y en el posconcilio. Madrid: Biblioteca de Autoras Cristianos, de La Editorial Católica, S. A., 1986, y Toledo: Estudio Teológico de San Ildefonso, 1986. *CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constituciones, Decretos y Declaraciones*. Barcelona: Editorial Claret, S. A., 1993.

BOFF, Leonardo: *Jesucristo libertador*. Barcelona: Editorial Claret, S. A., 1975

?: *Iglesia, carisma y poder. Ensayo de Eclesiología militante*. Barcelona: Editorial. Claret, S. A., 1982.

?: *... Y la Iglesia se hizo pueblo. Eclesiogénesis: La Iglesia que nace de la fe del pueblo*. Santander: Editorial Sal Terrae, 21986

CASTILLO, José M: *Escuchar el que dicen los pobres a la Iglesia*. Barcelona: Cuadernos de Cristianismo y Justicia n. 88, marzo 1999.

CASTILLO, Josep M^a: *Escuchar el que dicen los pobres a la Iglesia*. Barcelona: Cuadernos de Cristianismo y Justicia, n. 88, marzo 1999.

GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio: *La Iglesia ¿para qué?* Barcelona: Cuadernos de Cristianismo y Justicia, septiembre 2003.

VADO I TORTELLA, Miquel: *Elementos para una Iglesia de Comunió: Del Vaticano I a "Lumen Gentium"* Barcelona. Facultad de Teología de Cataluña. Editorial Herder, 1994.

SCHILLEBEECKX, E.H.: *LA Iglesia y el hombre según el Vaticano II*. Barcelona: Ediciones 62, 1968.